

Emmanuel Rodríguez López

Por qué fracasó la democracia en España.

La Transición y el régimen del '78

Madrid, Traficantes de sueños, 2015, 386 pp.

El sugerente y llamativo título del libro de Emmanuel Rodríguez López encierra un gran análisis de lo que fue el periodo conocido como «Transición española». Dicho análisis se inicia a finales de la década de los años sesenta y abarca hasta mediados de los ochenta. Esto es debido a que la reforma política impulsada tras la muerte de Franco se inició muchos años antes de la desaparición física del dictador a juicio del autor. Una reforma que no solo se circunscribió al ámbito político sino también al social y, sobre todo, al económico, ya que el capitalismo familiar español, tal y como lo denomina Rodríguez López, se veía encorsetado dentro de las estructuras de la dictadura franquista y necesitaba un nuevo régimen que se homologase a los parámetros de Europa occidental.

El gran problema de la Transición fue la crisis económica y no al revés, y ello la condicionó. La dictadura sometió a la clase obrera, el enemigo de la oligarquía española. No obstante, el resurgimiento de un nuevo movimiento obrero en la década de los sesenta y un aumento de la conflictividad laboral hicieron de aquel «el principal motor de la Transición: la existencia de un movimiento cada vez más radicalizado y masivo y que sólo en parte era gobernado o dirigido por los grupos de izquierda» (p. 53). De ahí la gran conflictividad laboral iniciada a partir de la década de los sesenta y que tuvo su momento cumbre en los setenta. Asimismo había surgido una nueva clase media que debería ser el soporte de la Reforma, del mismo modo que lo había sido del final del franquismo, según se sostiene en el libro.

En lo referente a la reforma política, el autor otorga un papel primordial a Manuel Fraga, ya que en fecha tan temprana como 1970 puso negro sobre blan-

co las líneas maestras de cómo debería llevarse a cabo dicha reforma una vez muerto Franco. Fraga esbozó un nuevo régimen político en el cual dos grandes partidos se turnasen en el poder de forma pacífica y sin traumas. Su modelo era la restauración canovista, «un pacto entre élites, una solución oligárquica establecida (...) por el acuerdo entre los grandes partidos, enfrentados en lo accesorio y conformes en lo fundamental» (p. 20). A su vez, el autor afirma que el reformismo se había instalado dentro de los resortes de la dictadura mucho antes de la muerte de Franco y que «todos compartían lo que había sido la matriz de la escuela política del franquismo, la afirmación de un Estado fuerte y la necesidad de articular los cambios de acuerdo con una estricta continuidad institucional, que sólo podía garantizarse por la permanencia de la monarquía y de la jefatura de Estado transferida por Franco a Juan Carlos I» (p. 86). En base a esto, el autor afirma que el sucesor de Franco no fue sino un producto de los militares que le habían tutorizado, y que tanto la burguesía reformista como la oligarquía financiera vieron en la figura del futuro monarca el instrumento adecuado para llevar a cabo la reforma sin grandes contratiempos, dependiente en todo momento de los cerebros de aquella. Todo ello con la aprobación de EEUU.

Dos cuestiones controvertidas que también se tratan son la posición que tomaron tanto el PCE como el PSOE con respecto a la reforma, y el golpe de Estado del 23-F. Respecto a lo primero, afirma que no puede hablarse de traición desde las direcciones de ambos partidos, así como desde los sindicatos afines, ya que sus posicionamientos habrían respondido a diagnósticos y declaraciones públicas realizadas antes de la muerte de Franco, por lo que no podría esperarse que actuaran a favor de una ruptura a pesar de la dialéctica que tuvieron en determinados momentos. En lo referente al 23-F, el autor lo describe como «el final de la pieza teatral llamada “Transición española”» (p. 262). Pese a admitir que es prácticamente imposible conocer los entresijos del golpe, sí que cree que es imposible que el rey no tuviese, como mínimo, conocimiento de lo que iba a ocurrir, al igual que altos miembros del PSOE y de Alianza Popular. El resultado del 23-F habría sido, entre otros, meter en cintura a los militares imposibilitando una aventura golpista real, la presentación del rey como salvador de la democracia y legitimándole en su puesto (cabe recordar que por entonces era visto como el sucesor de Franco y que su popularidad no era como lo fue tiempo después) y presentar la historia de la Transición como la única y mejor forma en que se pudieron hacer las cosas ante el peligro involucionista militar.

En definitiva, la tesis que sostiene el autor es que a pesar de que el movimiento obrero fue el sujeto que posibilitó la Transición no fue quien la llevó a cabo. La Transición fue un pacto entre élites, que dio lugar a una nueva clase política «hecha a partir de los restos del franquismo político y de un complejo

proceso de filtración y selección de élites del antifranquismo» (p. 347). Para que la reforma llegase a buen puerto debieron desactivarse los dos grandes actores que pudieron haber provocado su naufragio desde las fábricas y los barrios: el ya mencionado nuevo movimiento obrero y las asociaciones vecinales. A ambos colectivos se les derrotó conjuntamente. Primero en el ámbito político, debido a que no tenían una alternativa real y a que estaban supeditados en gran medida a los partidos antifranquistas; y segundo, en el contexto de la crisis económica de los años setenta y ochenta, con la desindustrialización y el paro. Este conjunto de cosas habría llevado, sobre todo a la juventud, a una desafección política y una marginación juvenil debido a la falta de expectativas, que junto con la aparición de la heroína quebraron tanto al movimiento obrero como al vecinal, dejando sin oposición real a quienes realizaron la reforma. El autor analiza, brevemente, las dos experiencias concretas que pusieron obstáculos a dicha reforma: los casos vasco y catalán, siendo el primero de ellos el más significativo.

Para Rodríguez López, la Transición sí supuso un cambio político y cultural pero no social. Afirma que ni las clases medias ni la oligarquía tradicional, y mucho menos el capitalismo familiar español, vieron peligrar sus intereses durante este periodo; siendo el respeto a dichos intereses económicos la línea roja de los pactos entre el reformismo franquista y las élites de la izquierda. No obstante, ni responde ni puede responder a «por qué fracasó la democracia». No se puede negar que el régimen existente en el Estado español es un régimen democrático de corte occidental. Otras cuestiones son los límites del mismo, o que no es el régimen que deseó una parte de la izquierda estatal ni tampoco las izquierdas independentistas, sobre todo la vasca. No obstante, se trata de un libro muy recurrente y de gran interés, en donde la visión fresca del autor sobre el tema es totalmente opuesta a los mitos y a la versión oficial que sobre este periodo han sido tan divulgados.

Mikel Bueno Urritzelki